

---

# CRIAR SIN VIOLENCIA

Esteban Ezama Coto, Yolanda Fontanil Gómez

*"El sentido común no es lo que la mente despejada de ideología aprehende espontáneamente; es lo que la mente colmada de presuposiciones...concluye" (Clifford Geertz, 1983)*

Playa Blanca, Lanzarote. Una madre y un padre, de entre treinta y cuarenta años, están sentados frente a frente. Sus hijos, un niño de unos seis y una niña de dos, en los otros dos lados de la mesa. Cada uno tiene un plato de comida delante. Están en un comedor de un hotel de vacaciones. La estancia es gratis para los pequeños y hay muchas parejas con hijos. El padre habla al niño con una expresión de enfado, el niño mira al frente y el padre le golpea con fuerza el dorso de la mano. Un azote rápido. El niño no llora y come un bocado. A los dos o tres minutos la madre se dirige a la niña. La reprende. La niña no la mira. "¡Come!", parece decir la madre. La niña sacude la cabeza negando. La mujer le agarra el hombro con su mano izquierda y la zarandea. Le acerca un trozo de comida en un tenedor con la mano derecha. La niña aparta la cara. La madre la increpa y vuelve a intentarlo.

1

Se dan tres o cuatro episodios parecidos a lo largo de la cena. La mesa está rodeada de mesas. Unas dieciséis en un radio de diez metros. Todas con gente. Unos sesenta espectadores fijos y tal vez quinientos más de paso, camino del mostrador de comida caliente del autoservicio. Los padres no dan muestras de vergüenza.

No es una mala noche. Se repite al día siguiente a la hora de comer y a la hora de cenar, y a la hora de comer y a la hora de cenar del siguiente. Tampoco es una familia singular. Un día más tarde otra madre y su niña representan una obra parecida. Expresiones semejantes, respuestas semejantes. Sin llantos de los niños, sin vergüenza de los padres. Sin recato. Se saben observados, pero es lo normal. Es como debe ser. No es debilidad personal. Representan una ideología.

En España ésta no parece ser poco común. En el estudio nº 2.578 sobre opiniones y actitudes sobre la familia del *Centro de Investigaciones Sociológicas* de octubre-noviembre de 2004, se formularon algunas preguntas sobre la disciplina en la familia y tenemos las respuestas de una muestra representativa de la población española.

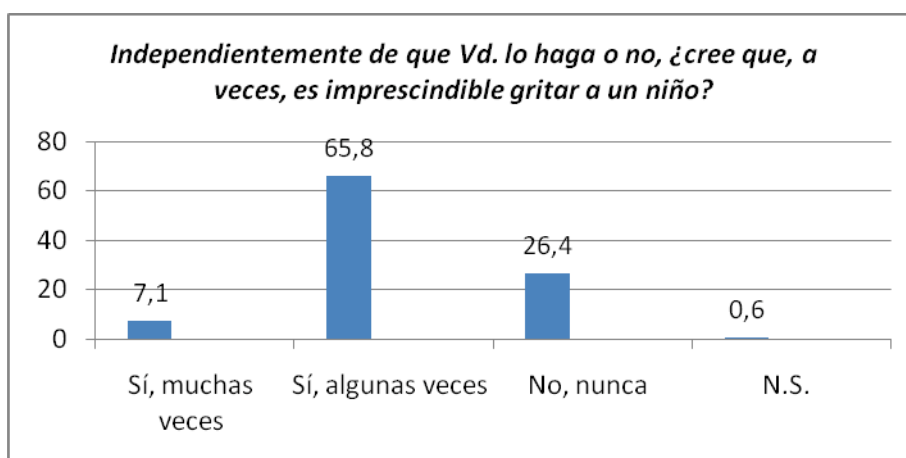
Independientemente de que Vd. lo haga o no, ¿cree que, a veces, es imprescindible gritar a un niño?

**Cuadro 1**

	%	. (N)
Sí, muchas veces	7.1	(177)
Sí, algunas veces	65.8	(1634)
No, nunca	26.4	(655)
N.S.	0.6	(15)
N.C.	0.1	(3)
TOTAL	100.0	(2484)

**Cuadro 2**

2



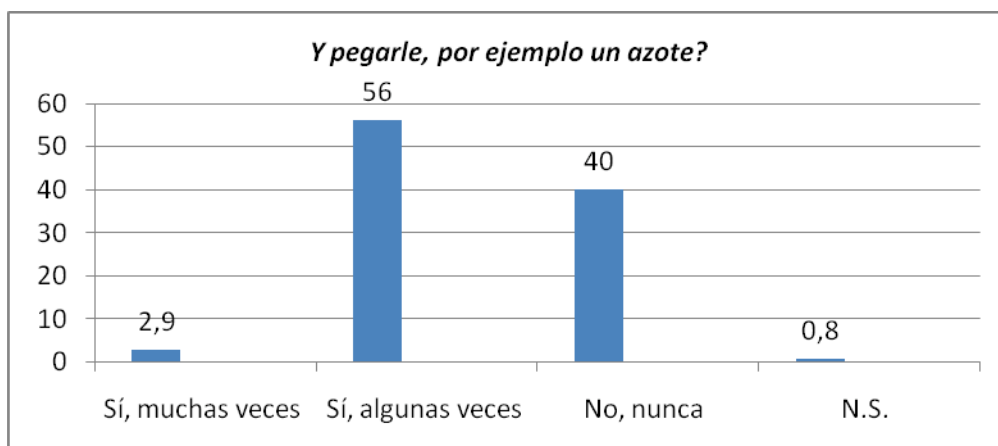
¿Y pegarle, por ejemplo un azote?

**Cuadro 3**

	%	. (N)
Sí, muchas veces	2.9	(71)
Sí, algunas veces	56.0	(1391)

No, nunca	40.0	(993)
N.S.	0.8	(21)
N.C.	0.3	(8)
TOTAL	100.0	(2484)

**Cuadro 4**



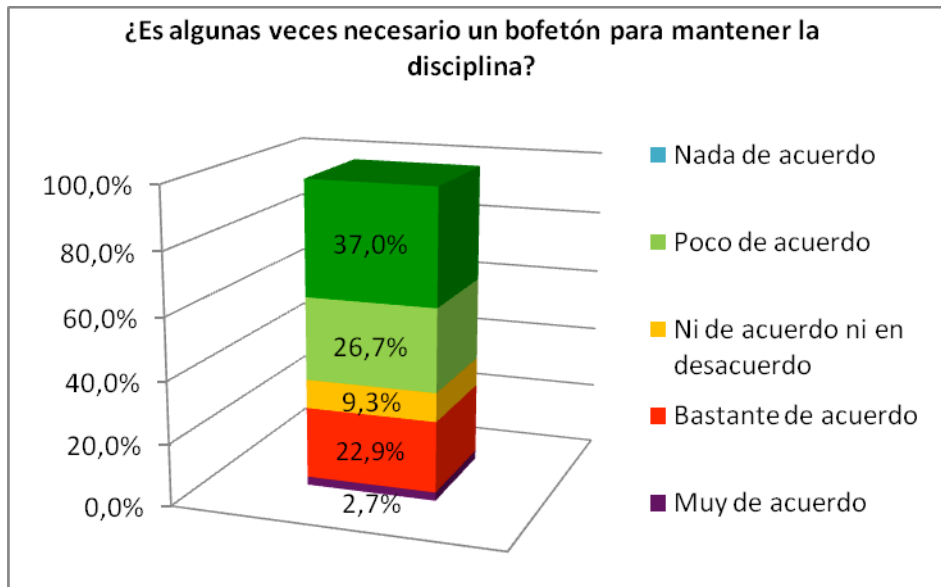
3

Y respecto a la educación de los hijos, ¿está Ud. muy de acuerdo, bastante de acuerdo, poco o nada de acuerdo con que algunas veces es necesario un buen bofetón para mantener la disciplina?

**Cuadro 5**

	%	. (N)
Muy de acuerdo	2.7	(66)
Bastante de acuerdo	22.9	(570)
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	9.3	(230)
Poco de acuerdo	26.7	(663)
Nada de acuerdo	37.0	(919)
N.S.	1.0	(25)
N.C.	0.4	(11)
TOTAL	100.0	(2484)

**Cuadro 6**



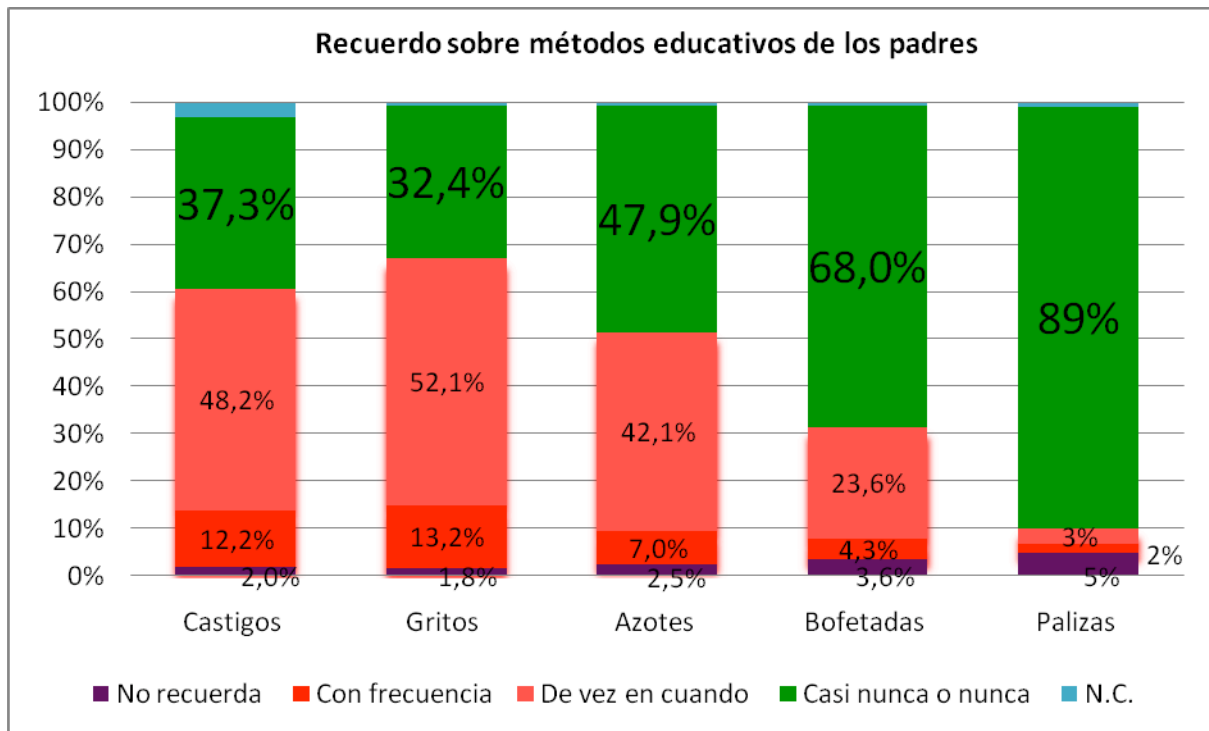
4

¿Recuerda Ud., si durante su infancia, le castigaban sus padres con frecuencia, de vez en cuando, casi nunca o nunca? ¿Le gritaban? ¿Le daban azotes? ¿Bofetadas? ¿O palizas?

**Cuadro 7**

	Con frecuencia	De vez en cuando	Casi nunca o nunca	No recuerda	N.C.	. (N)
Castigos	12.2	48.2	37.3	2.0	0.3	(2484)
Gritos	13.2	52.1	32.4	1.8	0.5	(2484)
Azotes	7.0	42.1	47.9	2.5	0.5	(2484)
Bofetadas	4.3	23.6	68.0	3.6	0.5	(2484)
Palizas	1.9	3.2	89.1	5.0	0.8	(2484)

Cuadro 8

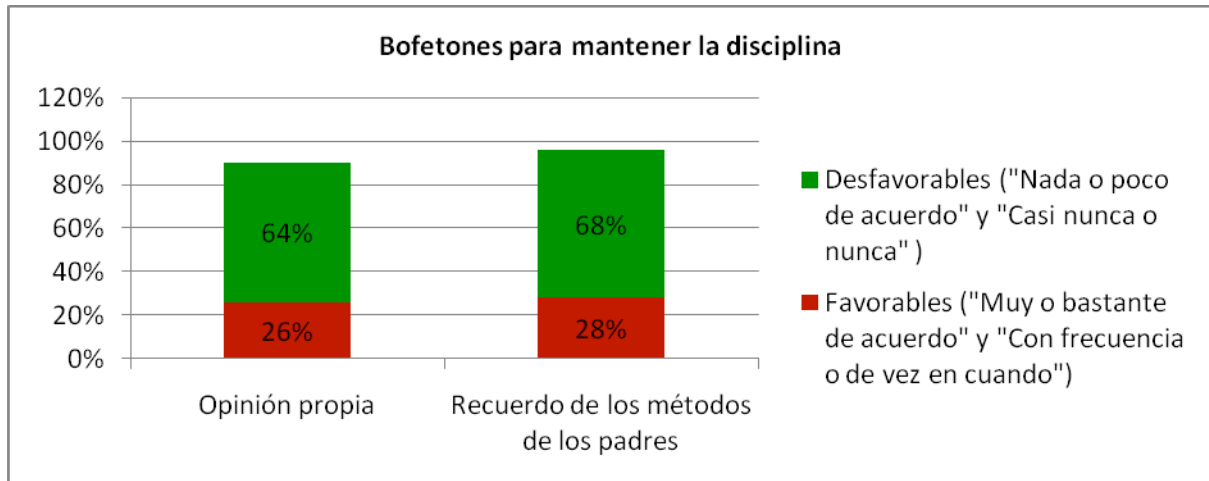


5

Una comparación entre los informes acerca de los métodos educativos de los padres y las opiniones propias de los encuestados hace sospechar que de lo que están informando es de tradiciones familiares. Desgraciadamente el Centro de Investigaciones Sociológicas no parece haber cruzado las respuestas a ambas preguntas y no sabemos cuántos partidarios de los bofetones recuerdan haber sido disciplinados a bofetones y cuántos no, pero el parecido de la distribución es sugerente.

Personalmente, hemos tenido la tendencia a pensar en la crianza violenta como el resultado de las relaciones familiares, los conflictos de pareja o la rabia y el dolor por el abandono de los propios padres. Pero no nos ha faltado información para apuntar a las ideas como promotoras de la violencia. Estudios como el de José Sánchez Hidalgo y María Victoria Hidalgo García (2003) son bastante demostrativos de que las ideas evolutivas y educativas de las madres tienen que ver con cómo actúan.

**Cuadro 9**



Sánchez Hidalgo e Hidalgo García comenzaron agrupando a 53 mujeres en función de sus ideas sobre el desarrollo, la crianza y la educación de niñas y niños (Cuadro 10). Según los datos obtenidos sobre las ideas evolutivo-educativas en nuestro país el grupo de madres modernas que constituyeron representaba al 35 % de las madres y padres, el de las tradicionales al 25% y el de las paradójicas al 45% (Palacios, Hidalgo y Moreno, 2001). Sospechamos que ese 25% de personas con ideas tradicionales probablemente se corresponda con el 25,6% que en la encuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas dice estar bastante de acuerdo o muy de acuerdo en que algunas veces es necesario un bofetón para mantener la disciplina.

6

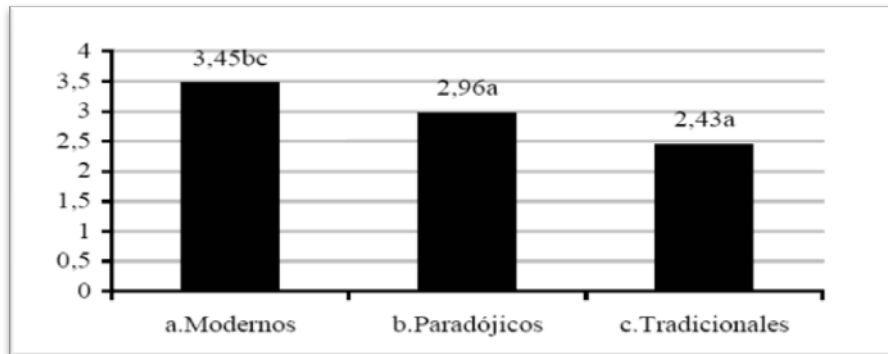
**Cuadro 10**

	Dualismo herencia-ambiente	Calendario evolutivo	Metas y valores	Técnicas educativas y de aprendizaje
<b>Modernos</b>	Interaccionismo	Optimistas	Independencia	Razonamiento Explicación
<b>Tradicionales</b>	Innatismo	Pesimistas	Buen comportamiento Dependencia	Riñas Castigos
<b>Paradójicos</b>	Ambivalentes	Poco optimistas	Ambivalentes	Ambivalentes

Pues bien, cuando se evaluó la forma de actuar de esas mujeres con sus bebés de un año, mientras le daban la comida, lo que se encontró es que había diferencias significativas en contacto físico (proximidad física, miradas mantenidas, caricias, besos, sonrisas y gestos exagerados) y contacto verbal (empleo de diminutivos, de apelativos cariñosos, de un tono

de voz emocionalmente cálido, repeticiones, etc.), lo que en conjunto se denominó *calidez afectiva*.

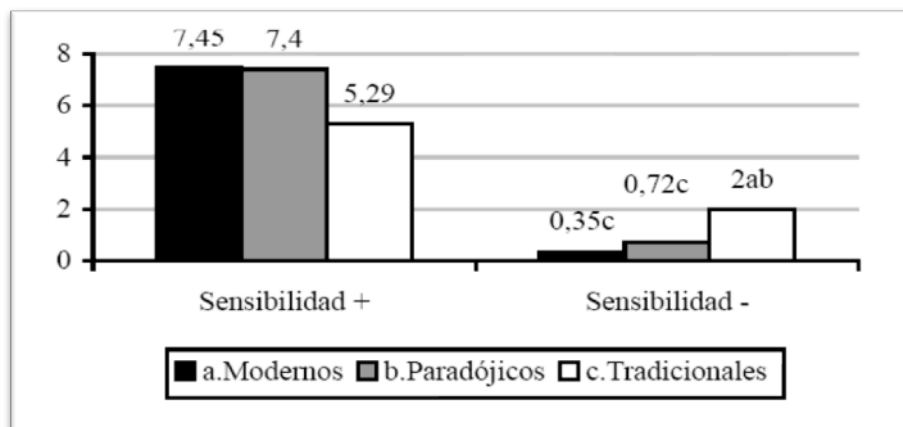
**Cuadro 11**



También encontraron una mayor frecuencia de madres tradicionales en el grupo que mostraba menos habilidad para identificar y responder de un modo ajustado a las señales y demandas de los bebés, lo que se suele denominar *sensibilidad*.

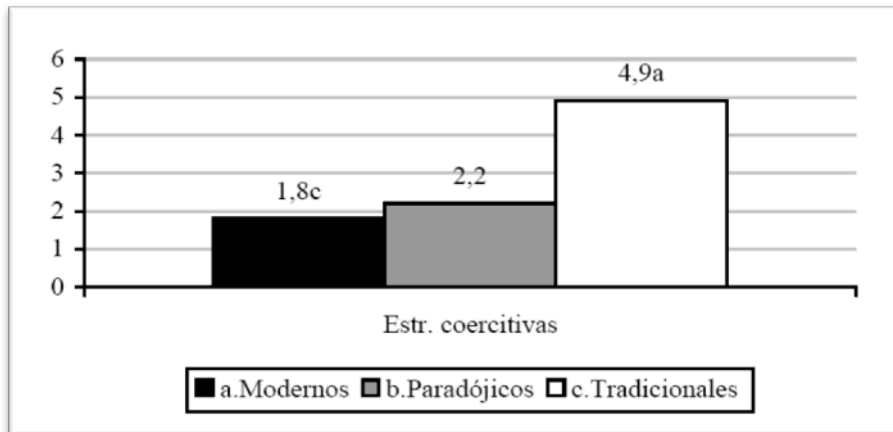
**Cuadro 12**

7



Y, por supuesto, entre otras cosas, se encontró una diferencia estadísticamente significativa entre madres de ideas modernas y madres de ideas tradicionales en el uso de estrategias de control coercitivas (Figura 8)

Cuadro 13



¿Pero son las ideas las que conducen a actuar de una forma u otra o sólo son la justificación de lo que a uno le sale, independientemente de lo que opine? Sabemos, por ejemplo, que los juicios acerca de lo bueno y lo malo sirven muchas veces para encontrar coherencia en lo que hacen personas que te dicen que te quieren. Seguro que esto les suena:

–“Mi padre me daba unas palizas de muerte. Me pegaba con la hebilla del cinturón hasta que se cansaba.”

–“¿Pero no me habías dicho que te quería mucho y que era un buen padre?”

–“¡Es que, si no, no me metía en cintura! ¡Menudo pinta era yo!”.

Puede que las ideas sobre la crianza estén en coherencia con las prácticas de crianza pero, cuando las ideas sobre la crianza se divulgan, esas ideas sirven para algo más que para justificar. Sirven para prescribir. Para intentar cambiar la forma de actuar de la gente. Esa es la apuesta que los partidarios de la doma de niños por un lado y los partidarios de los buenos tratos por otra hacen cuando escriben y publican sus ideas. Su apuesta es que sus escritos van a influir en las estrategias de crianza y a nosotros no nos cabe la menor duda de que tiene razón.

Carlos González, en su libro *Bésame Mucho* (cuya lectura recomendamos encarecidamente), cita un fragmento de Silas Marner de Mary Ann Evans (George Elliot, para el mundo):

“Si hay un ángel que anota las penas de los hombres, así como sus pecados, bien sabe cuántas y cuán profundas son las penas nacidas de falsas ideas de las que nadie tiene la culpa”.

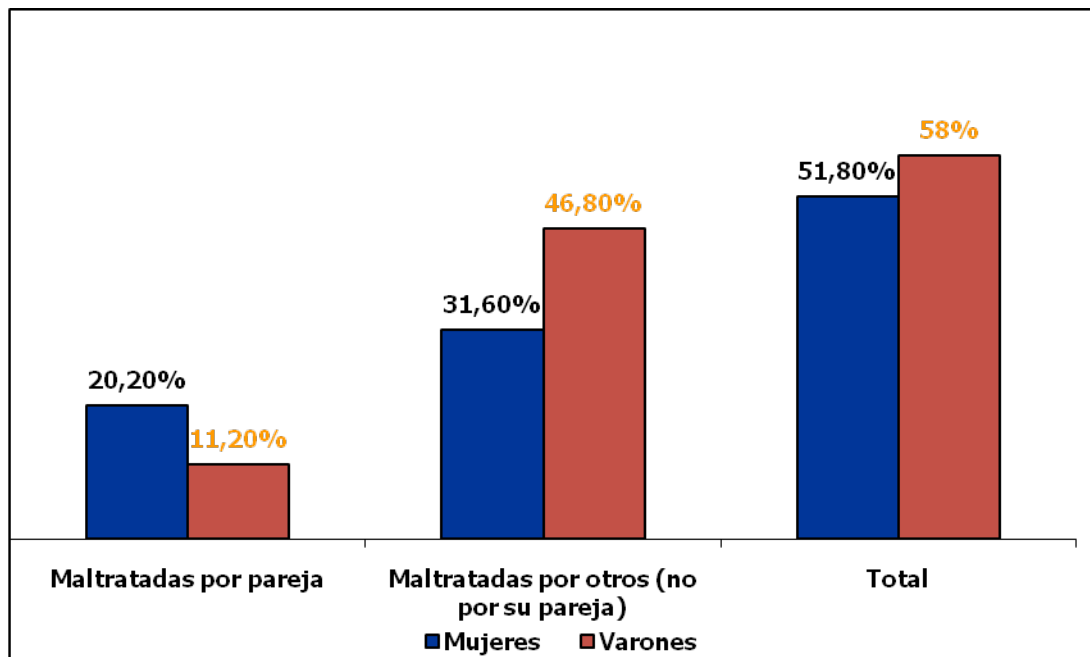


El propósito de esta ponencia es, en parte, corroborar y, en parte, desmentir esta idea conmovedora. En principio criar sin violencia parece una cuestión de método. Una cuestión técnica y no ideológica. Cuando nos enseñan la violencia en nuestras consultas el dedo acusador muchas veces ya está apuntando hacia ella. Ya se ha identificado la violencia como problema o se está a pocos pasos de hacerlo. No hace mucha falta hablar de ideologías.

Al principio, cuando empezamos a trabajar con familias, pensamos que esa violencia insidiosa y terrible, que de tanto en tanto llena el aire y nos cala la ropa, provenía de las elecciones de las personas y de sus estrategias para intentar ganar guerras no declaradas. Luego, fuimos atribuyendo mucho de ese horror a la ignorancia y al malentendido. Ahora, muchas veces, lo atribuimos a la obediencia a la tradición, a las falsas ideas. Pero ¿y qué ocurre si esas ideas no son “falsas”? ¿Qué ocurre si son ideas certeras para construir un mundo que ha sido reconstruido una y otra vez a lo largo de los siglos y las generaciones?

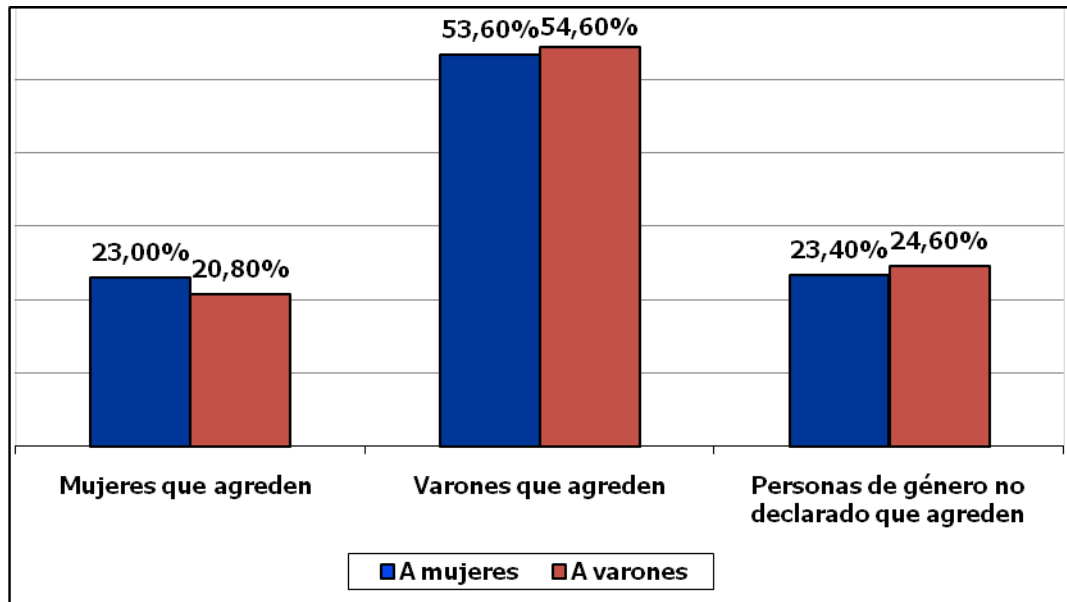
Morton Shatzman, en *El asesinato del alma (1973)* y a propósito de las amenazas de castración para prevenir la masturbación de los niños en tiempos de Freud, habla de las ideologías familiares como armas para defender intereses sociales. Los padres estaban en la cúspide, las mujeres y los niños mucho más abajo. Las niñas, ni se sabe. Según este planteamiento han sido los intereses de los varones los que ha mantenido (y mantienen) las ideologías tradicionales sobre la crianza y la educación de niños y niñas. Pero cuando se pregunta a varones y mujeres acerca de las veces que a lo largo de su vida adulta alguien les ha hecho daño tirándoles un objeto, tirándoles del pelo, abofeteándoles, pegándoles, dándole patadas... O cuando se les pregunta acerca de si alguien les hizo mucho daño o les hizo daño durante mucho tiempo prohibiéndole hacer cosas o ir a lugares concretos o hablar con determinadas personas... O si les han hecho daño intentando controlar sus opiniones o mostrándoles desprecio o criticándoles o intentando hacer que se sintiesen estúpidos o incapaces... O si les han hecho mucho daño o daño durante mucho tiempo intentando controlar todo lo que hacían, prohibiéndoles tener secretos, o espiándoles... O si les han hecho daño quitándoles o destruyéndoles cosas... O si le han presionado o forzado a mantener relaciones sexuales (Fontanil Gómez y colaboradores, 2004)... Las cifras tampoco se corresponden con que los varones tengan una buena vida (Cuadro 14). Más bien parece que tienen una mala vida propiciada sobre todo por... otros varones (Cuadro 15).

**Cuadro 14**  
**Porcentajes de personas que informan de haber sufrido maltratos en su vida adulta**



**Cuadro 15**  
**Sexo de los agresores registrados en el estudio y de las personas agredidas**

10



Es algo sabido que hay muchos más hombres que mujeres en las cárceles y que los delitos violentos son cometidos sobre todo por hombres. Desde luego nuestra hipótesis es que estas estadísticas reflejan una pauta de crianza, en principio una pauta violenta, y que esa pauta es diferente para varones y mujeres. Pero ¿en qué consiste la diferencia? Desde hace tiempo se ha buscado en el estilo de apego la fuente de la violencia contra personas cercanas. La teoría del apego, tal como fue propuesta por Bowlby (1969, 1973, 1980), es una

teoría acerca del desarrollo de vínculos de apego y cuidado en los seres humanos. Para Bowlby en los bebés el sistema del apego es un conjunto de conductas que, cuando se realizan, tienen como resultado el acercamiento, la proximidad o el aferramiento de la persona que funciona (o que va a terminar funcionando) como figura de apego, de modo que si la proximidad ya se da, las conductas tienen como resultado el mantenimiento y la prolongación de esa proximidad. Se ha probado repetidamente que la calidad del apego de las niñas y niños depende fundamentalmente del estilo de cuidado de las figuras de apego (pasadas y presentes). Principalmente de dos rasgos:

- *la receptividad* ante las llamadas de atención del niño o la niña y
- *la sensibilidad*, entendida como la adecuación de las respuestas de las figuras de apego a las necesidades que manifiestan las niñas y niños.

**Cuadro 16**

		<b>Modelo del otro</b>	
		Positivo	Negativo
<b>Modelo de uno mismo</b>	Positivo	Cómodos con la intimidad y la autonomía	Rechazadores de la intimidad. Contra-dependientes
	Negativo	Preocupados con las relaciones	Temerosos de la intimidad. Socialmente evitativos

Todo parece indicar que los seres humanos construimos en nuestras primeras relaciones un juicio sobre nosotros mismos y sobre el resto de los seres humanos. Mientras hacemos hacer a los demás para nosotros y hacemos nosotros para ellos, vamos construyendo un modelo nuestro y de los demás. Vamos haciendo esquemas acerca de lo que podemos esperar de ellos, de lo que van a hacer por nosotros y de lo que esperan de nosotros. Salvo que consigamos prescindir de los demás, en alguna medida, y preservar nuestra propia imagen en esa medida, esto implica que llegamos a darnos un valor a nosotros mismos en función del que parecen darnos los otros. Según diversos estudios el juicio que se construye en las relaciones es un juicio particularizado que, no obstante, tiende a generalizarse y a estabilizarse. Se convierte en un prejuicio. Un prejuicio acerca de personas concretas (papá o mamá o el abuelo...) de las que dependemos y a las que tenemos que prever. Y que a medida que van aumentando nos llevan a extraer el factor común de todas esas relaciones que es nuestra identidad. Es nuestra reputación con personas de las que, en ocasiones, dependemos durante años para poder organizarnos, planear, confiar y tranquilizarnos, que se convierte también en nuestra reputación para con nosotros mismos, a medida que lo

interpersonal se vuelve intrapersonal. A medida que nos hacemos hacer a nosotros mismos con los mismos procedimientos con los que hacemos hacer a los demás.

**Cuadro 17**

INCOMODIDAD CON LA CERCANÍA (EVITACIÓN)		
TEMOR AL ABANDONO Y AL RECHAZO (ANSIEDAD)	Poca incomodidad con la cercanía	<i>Mucha incomodidad con la cercanía</i>
Poco temor al abandono y al rechazo	Estilo de apego SEGURO	Estilo de apego RECHAZADOR
<i>Mucho temor al abandono y al rechazo</i>	Estilo de apego PREOCUPADO	Estilo de apego TEMEROSO

En los últimos años se ha ido adoptando un esquema de dos dimensiones para caracterizar las relaciones de apego. Una dimensión está relacionada con la imagen de uno mismo y la otra está relacionada con la imagen del otro (Cuadros 16 y 17). Como las dos dimensiones se refieren a expectativas y preferencias que aparecen antes de que se pueda tener ninguna representación de sí mismo o de los otros, antes de que surja el lenguaje de hecho, a la primera se la denomina *ansiedad* y se corresponde con el grado en el que una persona teme el rechazo o el abandono de los demás y se percibe a sí misma como digna o indigna de ser amada. La segunda se denomina *evitación* y se corresponde con el grado en el que una persona se siente cómoda con la intimidad y la dependencia de los otros y percibe a los demás como generalmente sensibles o insensibles. Este planteamiento, que se debe a Kim Bartholomew y a Leonard M. Horowitz (1991), se ha operativizado en cuestionarios y escalas cuyos elementos tienen que ver con *el temor al rechazo y el abandono*, por un lado y *la incomodidad con la cercanía* por otro. Estos instrumentos se han usado sistemáticamente para que las personas puedan caracterizar sus expectativas y preferencias en las relaciones interpersonales más cercanas y en las relaciones de pareja en particular. Esto ha permitido examinar las relaciones entre la ansiedad y la evitación y la forma de actuar de la gente en distintas situaciones: separaciones en aeropuertos, tareas que provocan distintos niveles de angustia, situaciones en las que sus parejas o los hijos se enfrentan con situaciones estresantes o dolorosas... y, lo que nos interesa más, situaciones en las que se ha de cuidar a una pareja o un hijo.

Se entiende por sistema de prestación de cuidados un conjunto de conductas que complementan la conducta de apego del compañero y que incluyen un amplio rango de responsabilidades, tales como proporcionar socorro o asistencia, ofrecer consuelo, reconfortar, proporcionar una base segura y alentar la autonomía de la persona apegada. En

el Cuestionario de Prestación de Cuidados de Kunce y Shaver (1994) por ejemplo, se recogen temas tales como la *proximidad* (“cuando mi compañero parece querer o necesitar un abrazo me gusta dárselo”), la *sensibilidad* (“siempre puedo decir cuando mi compañero necesita que le reconforten, aunque no me lo pida”), el *control* (“tiendo a ser demasiado dominante cuando intento ayudar a mi compañero”), la *compulsividad* (“algunas veces yo creo problemas tomándome las dificultades de mis compañeras como si fuesen mías”), la *negligencia* (“trato de no involucrarme en los problemas de mi compañero”), el *cuidado negativo* (“a veces pierdo la paciencia con mi compañero cuando esta estresado por algo” y el *apoyo instrumental* (“cuando mi compañero necesita apoyo con una tarea me ofrezco para ayudarle”). Carnelley y cols. (1996) y Kunce y Shaver (1994) en estudios basados en auto-informes encontraron que las personas seguras declaraban niveles relativamente mayores de sensibilidad y de proximidad (por ejemplo: formas físicas de consuelo) unido a niveles relativamente bajos de cuidado compulsivo (por ejemplo: sobreimplicación) y de cuidado controlador. Las personas de estilo preocupado mostraban niveles relativamente bajos de sensibilidad y cooperación, pero relativamente altos de proximidad y de cuidado compulsivo (de modo que sus comportamientos podrían ser inconsistentes, intrusivos y faltos de sincronía con las necesidades de la pareja). Las personas de estilo rechazador son las que mostraban menores niveles de cuidado compulsivo y de proximidad y también informaban de niveles relativamente bajos de sensibilidad, y las personas de estilo temeroso informaban de niveles relativamente bajos de sensibilidad y proximidad y de niveles relativamente altos de cuidado compulsivo. Estudiando la prestación de cuidados en las relaciones de pareja Feeney y Collins (2001) sugieren que las personas con mayor grado de evitación cuidan de modo deficitario porque carecen tanto de las habilidades como de la motivación necesaria para ser buenos cuidadores. Según ellas es probable que tener modelos positivos que observar en la propia historia de apego sea una vía importante para que las personas desarrollen las habilidades necesarias para prestar cuidados y que las personas adultas evitativas, que relatan historias de relaciones con cuidadores rechazantes, tengan un repertorio de estrategias de cuidado más limitado por falta de esos modelos. Por otro lado plantean que las personas con grados altos de ansiedad pueden ser compulsivas y controladoras, como cuidadoras, en parte al menos porque aunque poseen un sentido de la interdependencia relacional (es decir, se sienten próximas y comprometidas con sus parejas), al mismo tiempo desconfían de ellas e intentan cuidar a veces por motivaciones egoístas. Apuntan que las personas adultas ansiosas parecen tener algunas habilidades y los motivos altruistas que se requieren para ser buenas cuidadoras pero otros motivos conflictivos (quizás de tipo egoísta) pueden hacer que cuiden a sus compañeros de una manera compulsiva, controladora e inconsistente. Por ejemplo, pueden colmar de cuidados a sus parejas para asegurarse de que permanecen próximas y comprometidas con la relación.

13

En estudios observacionales Collins y Feeney (2000) encontraron que las personas con niveles más altas en evitación mostraban carencias tanto en la sensibilidad a las señales de

la pareja como en las ganas de reconfortarla físicamente en respuesta a sus expresiones de malestar. La incomodidad con la cercanía estaba asociada con bajos niveles de apoyo emocional, tanto si sus parejas parecían necesitar mucho como poco apoyo; pero tendían a apoyar menos cuanto mayor era la necesidad de la pareja. Esto es así también para con los hijos. Por ejemplo: En un estudio, en el que se observó a madres o padres e hijos mientras los niños de entre 3 y 7 años eran vacunados en una clínica, se constató que las niñas y niños cuyos progenitores puntuaban alto en evitación en un cuestionario de apego adulto se mostraban más angustiados durante la vacunación que las niñas y niños cuyos progenitores puntuaban bajo en evitación. Además las madres y padres con puntuaciones altas en evitación respondían menos cuando los pequeños estaban más angustiados que cuando lo estaban menos, al contrario que los progenitores que puntuaban bajo en evitación (Edelstein y cols. 2004). También se ha encontrado una asociación entre una serie de comportamientos de las figuras de apego y la desorganización infantil. Estos comportamientos incluyen la retirada (el alejamiento en situaciones de tensión), respuestas intrusivas negativas, la confusión de roles al responder a los pequeños las respuestas desorientadas y comportamientos que indican miedo o que producen miedo. El espectro también incluye errores de comunicación afectiva, como respuestas contradictorias a las señales infantiles y fracaso al responder a las señales afectivas claras que provienen del niño (Hennighausen y Lyons-Ruth, 2007). Y, por último, un resultado particularmente interesante que relaciona las ideas de los cuidadores y la relación de apego de sus hijas e hijos: Filipa Castro (2006) ha encontrado que las atribuciones de intenciones negativas a los bebés cuando tienen 6 meses están significativamente relacionadas con el apego desorganizado a los 36. Las hijas e hijos de madres que atribuían intenciones negativas tenían una probabilidad 80.5% mayor de tener un apego desorganizado que un apego seguro a los 36 meses. Compárese con lo afirmado en los libros y programas sobre la doma de niños.

14

Se llegue como se llegue a una determinada práctica de crianza, por ideología, por falta de habilidades o por falta de recursos, las pautas de prestación de cuidados de los cuidadores proporcionan el contexto en el que las personas cuidadas tienen que vivir organizando pautas de apego que, a su vez, condicionan sus preferencias y expectativas, sus relaciones futuras y probablemente también su aceptación o rechazo de determinadas prácticas de crianza. La seguridad en las relaciones el apego podría incrementar la capacidad de las personas de solucionar muchos problemas. Según las muchas investigaciones realizadas sobre el tema la calidad del vínculo de apego influye en la capacidad y la voluntad de los sujetos para explorar el ambiente y, consiguientemente, en la adquisición de conocimientos sobre el entorno y en la adquisición de habilidades de control emocional. En consecuencia, en trabajos como el de Sánchez Hidalgo e Hidalgo García (2003) se hace hincapié en que las hijas e hijos de padres con ideas modernas parecen tener mejores niveles de desarrollo que aquellos cuyos padres tienen ideas evolutivo-educativas más tradicionales (McGillicuddy-DeLisi, 1985; Hidalgo, 1999). En la medida en que los padres queremos tener hijos pequeños tranquilos, curiosos y listos parece que el argumento es bueno para convencernos de criar

de otra manera, pero ¿hay algo en la forma en que nos criaron a nosotros que propicia que usemos estrategias insensibles o violentas a la hora de criar?

Cuadro 18

<b>Características de la prestación de cuidados / Estilo de apego del cuidador</b>	<b>Seguro</b>	<b>Preocu- pado</b>	<b>Recha- zador</b>	<b>Temero- so</b>
<i>Proximidad ("Cuando mi compañero parece querer o necesitar un abrazo me gusta dárselo")</i>	A	A	B	B
<i>Sensibilidad ("Siempre puedo decir cuando mi compañero necesita que le reconforten, aunque no me lo pida")</i>	A	B	B	B
<i>Control ("Tiendo a ser demasiado dominante cuando intento ayudar a mi compañero")</i>	B			
<i>Compulsividad ("Algunas veces yo creo problemas tomándome las dificultades de mis compañeras como si fuesen mías")</i>	B	A	B	A
<i>Negligencia ("Trato de no involucrarme en los problemas de mi compañero")</i>				
<i>Cuidado negativo ("A veces pierdo la paciencia con mi compañera cuando esta estresado por algo")</i>				
<i>Apoyo instrumental ("Cuando mi compañero necesita apoyo con una tarea me ofrezco para ayudarle")</i>		B		

15

En primer lugar parece que el estilo de apego nos inclina a ciertas disposiciones a la acción, es decir, a ciertas emociones y estados de ánimo. En el cuadro 19 se pueden ver las correlaciones entre afectos positivos y negativos y los grados de ansiedad y evitación. En ese cuadro se puede apreciar que las repercusiones adversas del temor al abandono y al rechazo cuando nos enfrentamos con situaciones difíciles son muy notables.

**Cuadro 19**

Correlaciones entre la Escala de Afectos Positivos y Negativos (Sánchez Cánovas, 1994) y La Escala de Preferencias y Expectativas en las Relaciones Interpersonales Cercanas, (Ezama, Fontanil, Gil, López-Alonso, Cristina Díez-Fernández (2008)

	Personas sanas N=76		Personas en tratamiento de radioterapia por cáncer N=68	
	Temor al rechazo y al abandono	Incomodidad con la cercanía	Temor al rechazo y al abandono	Incomodidad con la cercanía
Alegre			-0,27*	-0,23^
Feliz			-0,31*	-0,25*
Satisfecho	-0,25*		-0,31*	
Deprimido	0,24*		0,38**	
Atrevido		-0,26**		
Malhumorado	0,30**		0,40**	
Pesimista	0,29*	0,23*	0,24*	
Llena de entusiasmo		-0,31*	-0,26*	
Irritable			0,42**	
Harto			0,40**	
Amable			-0,32**	
Triste	0,32**		0,44**	
Afectuoso			-0,24*	
Furioso			0,41**	
Dinámico			-0,31*	
Animado			-0,38**	
Frustrado	0,29*		0,47**	
Infeliz	0,31**	0,29*	0,36**	
Tenso	0,24*	0,22^	0,42**	
Decidido			-0,26*	

En cuanto a las personas adultas que puntúan alto en incomodidad con la cercanía, su tendencia es minimizar la expresión de malestar (Fraley & Shaver, 1997) y es improbable que se dirijan a otras personas buscando apoyo en situaciones estresantes (Simpson, Rholes, & Nelligan, 1992). Los adultos rechazadores parecen estar menos próximos emocionalmente de sus parejas, se exponen menos (Anders & Tucker, 2000; Mikulincer & Nachshon, 1991) y se comportan como si tuvieran aversión a la intimidad física o emocional (Fraley et al., 1998). Al igual que los niños pequeños evitativos, las personas adultas evitativas inhiben las expresiones de angustia (Fraley & Shaver, 1997) y reducen las demostraciones de apego con los más cercanos (Fraley, Davis, & Shaver, 1998). También muestran déficits en el procesamiento y en el recuerdo de información relacionada con el apego (Fraley, Garner, & Shaver, 2000; Mikulincer & Orbach, 1995), especialmente en

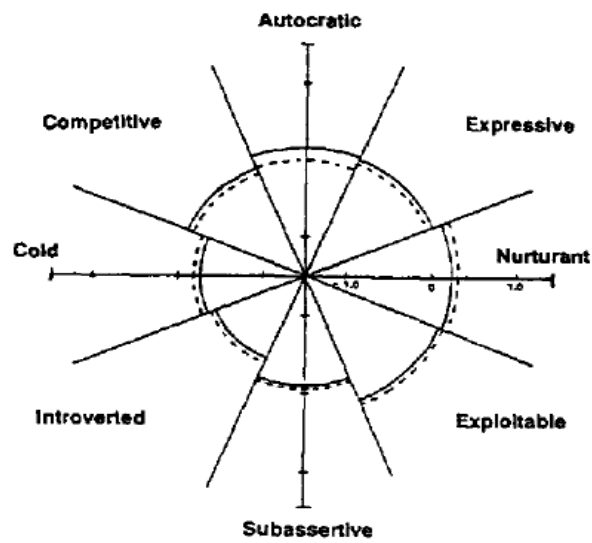


situaciones amenazadoras y sobre todo cuando la amenaza concierne a la separación (Mikulincer, Birnbaum, Woddis, & Nachmias, 2000; Mikulincer, Gillath, & Shaver, 2002). Estos resultados son consistentes con los obtenidos con niños evitativos (Ainsworth et al., 1978; Spangler & Grossmann, 1993) (Main, Kaplan, & Cassidy, 1985; Solomon, George, & De Jong, 1995) y concuerdan con la idea de que la evitación, a través del ciclo vital y a través de los distintos tipos de relaciones, refleja la minimización del sistema de apego (Cassidy, 2000; Edelstein & Shaver, 2004). Parece que en situaciones en las que niños o adultos anticipamos respuestas imprevisibles o insensibles por parte de las figuras de apego, intentamos reducir el sentimiento de temor acerca de la accesibilidad de esas figuras y también las sensaciones de peligro. Por último, los adultos con un estilo rechazador se afligen menos tras una ruptura o una pérdida (Fraley y Bonano 2004).

Cada estilo es proclive a problemas interpersonales diferentes. Las personas del grupo seguro tienen dificultades por exceso de calidez. Las del grupo rechazador problemas relacionados con la hostilidad, la falta de apoyo emocional y el exceso de firmeza. El grupo de personas preocupadas tiene más probabilidad de tener problemas relacionados con la extroversión y el entremetimiento en las dificultades de los demás. Pero según los informes de personas amigas son más los problemas relacionados con el exceso de dominancia y no tanto con el exceso de apoyo lo que les caracteriza. Por último, las personas temerosas tienen más problemas relacionados con la inhibición social y la falta de firmeza (Bartholomew y Horowitz, 1991). Por todo esto se puede suponer que a algunas personas les va a resultar difícil establecer una pauta de crianza suficientemente sensible, estructurada, bondadosa y respetuosa. Será así, por sus expectativas y preferencias en las relaciones interpersonales cercanas, vinculadas a las relaciones de apego que han tenido en el pasado y a las que tienen en el presente. Esto condiciona la construcción y reconstrucción de las habilidades necesarias para manejar los innumerables problemas que se suceden en la crianza de una niña o un niño. La ideología acerca de cómo se debe criar niños tiene aquí un papel importante, porque a las personas a las que les resulta difícil construir una pauta de cuidado sensible, las ideas tradicionales no hacen más que confirmarles sus prejuicios acerca de los seres humanos y de cómo relacionarse con ellos, y al resto... les conduce a la inconsistencia. La cuestión es que el estilo rechazador tampoco es que lleve ni a una vida particularmente feliz ni a una vida particularmente creativa o innovadora. Sí propicia la frialdad, la firmeza, la competitividad y la reserva, lo cual puede tener sus ventajas en nuestra sociedad, pero lo malo es que para pasar de la promoción de un *estilo de apego rechazador* a un *estilo de apego temeroso* sólo hay que meter una atribución de mala voluntad (cosa que las doctrinas acerca de la crianza como doma ya hacen) y responder con la lógica violencia.

Cuadro 20

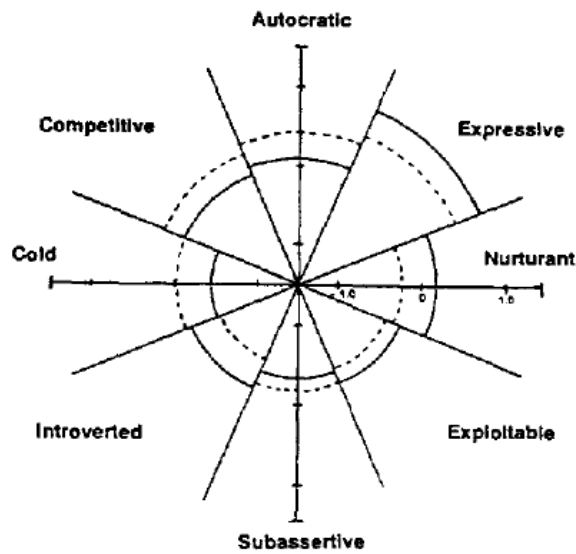
Problemas interpersonales de las personas de estilo de apego seguro



Cuadro 21

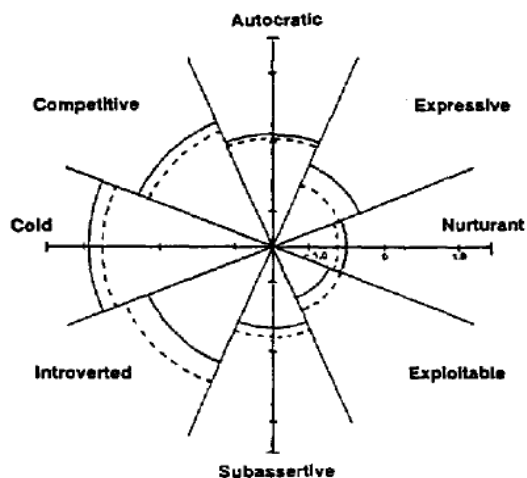
Problemas interpersonales de las personas de estilo de apego preocupado

18



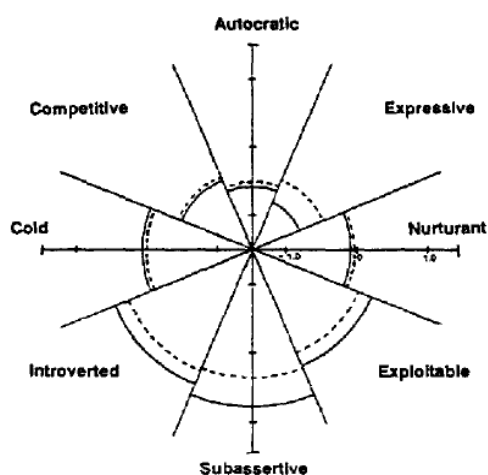
Cuadro 22

Problemas interpersonales de las personas de estilo de apego rechazador



Cuadro 23

Problemas interpersonales de las personas de estilo de apego temeroso



El estilo temeroso se denomina en niñas y niños pequeños estilo desorganizado. Para identificarlo en lactantes de un año en adelante hay que fijarse en los comportamientos contradictorios e inconsistentes: la búsqueda de proximidad seguida de evitación o desorientación; la evitación intensa seguida de una búsqueda intensa de contacto, malestar o ira; movimientos o expresiones no dirigidos o mal dirigidos, posturas anormales, inmovilidad y expresiones ralentizadas, señales directas de aprensión en relación con la figura de apego y de desorganización o desorientación en su presencia, expresiones de confusión o atontamiento y cambios rápidos y múltiples de estado de ánimo (Hennighausen y Lyons-Ruth, 2007). El tipo de apego que establecen estos niños puede provenir tanto de

padres que atemorizan a sus hijos o hijas, porque se dan formas francas de agresión, como de padres que alternan entre proveer de cuidados adecuados a los pequeños y retirar bruscamente cualquier tipo de disponibilidad y afecto. En los casos en los que las figuras de apego son responsables de provocar miedo e intranquilidad en niñas y niños, estos se ven en un callejón sin salida, porque son las propias figuras protectoras las que producen temor, y como escapar físicamente del daño es imposible, los niños alternan entre estados de hiper-vigilancia y protesta airada y estados en los que predomina la disociación y el bajo tono emocional.

¿De quienes son estas características?

- ⊙ No pensar en lo que siente el otro.
- ⊙ Hacer daño a los menos fuertes que uno mismo.
- ⊙ Mostrar pesar, pero no remordimientos cuando se les reprocha un comportamiento cruel.

Son formas comunes de actuar de los niños maltratados (Perry, 1996)... pero también son las formas de actuar de un buen soldado. Se entenderá que, como viejos terapeutas familiares, tengamos el hábito de preguntarnos sobre el para qué de prácticas sociales aparentemente ilógicas o dañinas. En lo que atañe a las prácticas de crianza insensible y violenta, la respuesta salta a la vista en cuanto se reúnen suficientes piezas. Durante siglos, tal vez milenios, una parte de la humanidad ha tenido como principal hito en su futuro morir y matar. El padre de Esteban decía que nuestra generación era la primera generación europea que probablemente no tendría que vivir una guerra. Esperemos que haya acertado. Un varón corriente debía estar preparado para matar y no pensar en la mutilación o la muerte que le esperaba probablemente al entrar en combate. Desde luego el estilo rechazador es un buen punto de partida para lograr esa preparación, pero el temeroso también tiene sus ventajas, porque hace falta tener una tropa obediente. Así que una buena combinación de temor al rechazo y de incomodidad con la cercanía sería el ideal. Luego, si se añade un buen entrenamiento militar (y las tácticas del personaje de Clint Eastwood en “El sargento de hierro” no se diferencian mucho de las de los instructores del ejército, por lo que nos han contado) el resultado es el típico. La mili te hace un hombre, se decía en nuestra juventud... o te alcoholiza, añadía un muy buen amigo nuestro. O ambas cosas a la vez. La masculinidad es la pieza que falta.

**Cuadro 24**

<b>Adjetivos aplicados a varones</b>	<b>Adjetivos aplicados a mujeres</b>
Masculino	Femenino
Dominante	Simpático
Aventurero	Cálido
Rudo	Nervioso
Firme	Con encanto
Emprendedor	Obediente
Jactancioso	Bondadoso
Valiente	Gruñón
Seguro de sí mismo	Cariñoso
Agresivo	Atractivo
Temerario	Dulce
Osado	Emotivo
Fuerte	Sentimental
Sensato	Sensible
Tosco	Agradecido
Lógico	Lamentador
Frío	De humor cambiante

No parece haber más varones rechazadores o temerosos que mujeres rechazadoras o temerosas. Las investigaciones de que disponemos, las nuestras incluidas, no dan tasas mayores de evitación en unos que en otros. Pero lo que sí hay es muchos más varones masculinos que mujeres masculinas y la masculinidad sí está asociada a la agresividad y la violencia. La necesidad de mostrarse masculino para ser aceptado puede ser el complemento necesario para que la crianza violenta, la doma de niños, prepare a los varones para la guerra. Los atributos de la masculinidad (aventurero, rudo, firme, emprendedor, con madera de líder, jactancioso, valiente, seguro de sí mismo, agresivo, temerario, osado, fuerte, sensato, analítico, lógico, frío, defensor de sus propias creencias, de personalidad fuerte, autosuficiente, independiente, firme (o “asertivo”), dominante, ambicioso, competitivo, dispuesto a definirse, individualista, decidido) son los atributos de esa preparación. Y lo más interesante es que en algunas investigaciones en que se valora la masculinidad independientemente del sexo esta sí predice la violencia. Gini y Pozzoli (2007) exploraron la asociación entre los roles de género, en términos de auto-atribución de características masculinas y femeninas y la participación de los niños en prácticas de acoso escolar durante la enseñanza primaria (niños y niñas de entre seis y diez años) y encontraron que la masculinidad predice la conducta activa de acoso independientemente del sexo de los sujetos.

**Cuadro 25**  
Bem sex-role inventory (1981).

Femineidad	Masculinidad
Simpático	Masculino
Alegre	Dominante
Afectuoso	Con madera de líder
Femenino	Actúa como un líder
Entusiasta con los niños	Agresivo
Adulable	Defensor de sus propias creencias
Leal	De personalidad fuerte
Tímido	Autosuficiente
Comprensivo	Independiente
De habla suave	Analítico
Crédulo	Firme (asertivo)
No usa palabrotas	Seguro de sí mismo
Complaciente	Ambicioso
Tierno	Competitivo
Cálido	Dispuesto a definirse
Infantil	Individualista
Se desvive por consolar	Con predisposición a arriesgarse
Compasivo	Enérgico
Sensible a las necesidades de otros	Atlético
Gentil	Toma decisiones fácilmente

Weisbuch, (1999), con una muestra de participantes varones, no solo encontró que los que más actuaban de manera abiertamente agresiva, en una tarea experimental, se puntuaban más masculinos en el Inventario de Roles Sexuales de Bem, sino que los que más actuaban de manera encubiertamente agresiva eran los que más discrepancia referían entre lo masculinos que eran y lo masculinos que debían ser. En el mismo sentido Willer, en una investigación con una muestra de varones y mujeres, encontró que los varones a los que, al azar, se les daba respuestas cuestionando su masculinidad, sobre-compensaban el cuestionamiento dando opiniones más “viscerales” en una encuesta sobre temas como la guerra de Irak o la homosexualidad. En cambio, que se cuestionase su femineidad, o no, no marcaba diferencias en las respuestas de las mujeres.

Probablemente sea este el elemento que faltaba para entender la preponderancia de la violencia entre los varones. Esa violencia sería un daño colateral, el coste de la adaptación al destino que era más previsible en Europa hasta hace menos de un siglo. Pero ahora muchos queremos un mundo en el que conseguir cosas buenas dependa de que las produzcamos, no de que las acaparemos y en el que lo importante sea ser valioso para los demás, no ser más valioso **que** los demás, en el que ser digno de ser querido no signifique ser mejor sino ayudar a que los otros sean mejores y en el que la dependencia mutua no sea un pecado sino la constatación de cómo funcionamos. Para algunos de nosotros la tradición y el sentido común son malos maestros para criar niños. No porque enseñen ideas equivocadas sino porque enseñan ideas certeras para obtener algo que no queremos.

Estos son los elementos que hemos encontrado para intentar comprender por qué una y otra vez surgen defensores de la crianza violenta y por qué a los padres les resulta tan fácil aceptar que deben utilizar prácticas disciplinarias agresivas “por el bien de los hijos”. Las ideas que preparan para la guerra persisten en quienes prometen soluciones para que los niños duerman solos, coman a su hora y no se nos suban a las barbas. Los apegos con los que nos criamos son el lecho en el que estas ideas reposan y de ese lecho brotan cuando no se sabe qué hacer. Sin duda criar sin violencia es más difícil. No hay un *best seller* que recetar ni recetas en diez pasos que aplicar. Además, gran parte de la población tenemos nuestra historia en contra. Hasta ahora la guerra y la doma de niños han sobrevivido poniéndose la bata blanca. Pero las terapeutas familiares tenemos el compromiso de divulgar que, si lo que se pretende es que las niñas y los niños lleguen a ser tan colaboradores, creativos y productivos como decimos que nos gustaría que fuesen, las investigaciones les llevan la contraria. Las vidas de muchas, muchas, personas lo demuestran.

*Un comportamiento tiránico para con los niños crea tiranos.  
La indiferencia hacia el llanto del niño creará adultos  
indiferentes no solo al dolor, sino a la simple existencia del  
otro."*

*(Ferran Grau i Codina, citado por Rosa M<sup>a</sup> Jové Montanyola)*

## REFERENCIAS

Bartholomew, K., & Horowitz, L. (1991): Attachment styles among young adults: A test of a four-category model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 226-244.

Bem, S. L. (1981). Bem sex-role inventory. Palo Alto, CA: Consulting Psychologists Press.

Bowlby, J. (1985). *La separación afectiva*. Barcelona: Paidós.

Bowlby, J. (1989). *Una base segura. Aplicaciones clínicas de una teoría del apego*. Barcelona: Paidós.

Bowlby, J. (2006). *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida*. Madrid: Morata.

Carlos González (2006): *Bésame Mucho. Cómo criar a tus hijos con amor*. Ediciones Temas de hoy, Madrid.

Carnelley, K.B.; Pietromonaco P.R., y K. Jaffe (1996): "Attachment, caregiving, and relationship functioning in couples: Effects of self and partner". *Personal Relationships*, 3 (1996), 257-278.

Castro, E. Filipa (2006): "Predicting Disorganized Attachment: the role of early emotional development". [http://www.allacademic.com/meta/p125226\\_index.html](http://www.allacademic.com/meta/p125226_index.html)

Collins, N. L., & Feeney, B. C. (2000): "A safe haven: Support-seeking and caregiving processes in intimate relationships". *Journal of Personality and Social Psychology*, 1053-1073.

Feeney, B. C., & Collins, N. L. (2001): "Predictors of caregiving in adult Intimate relationships: An attachment theoretical perspective". *Journal of Personality and Social Psychology*, 80, 972-994.

Fontanil Gómez, Ezama Coto; Fernández Galán; Gil Carnicero; Herrero Díaz y Paz Caballero (2004): *Estudio de la violencia doméstica en el Principado de Asturias*. Consejería de la Presidencia del Principado de Asturias. Instituto Asturiano de la Mujer. Oviedo

Fraley, R. C., Davis, K. E., & Shaver, P. R. (1998). Dismissing-avoidance and the defensive organization of emotion, cognition, and behavior. In J. A. Simpson & W. S. Rholes (Eds.), *Attachment theory and close relationships* (pp. 249-279). New York: Guilford Press. <http://www.web-research-design.net/PDF/FD&S1998.pdf> (fraley)



Geertz, Clifford (1983): *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology*. New York: Basic Books. (Traducción castellana: *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Ediciones Paidós Ibérica, 1994).

Gini, G. y Pozzoli, T. (2006): The role of masculinity in children's bullying. *Sex Roles: A Journal of Research*, April. [http://findarticles.com/p/articles/mi\\_m2294/is\\_54/ai\\_n18764309](http://findarticles.com/p/articles/mi_m2294/is_54/ai_n18764309).

Henderson A. J. Z.; Bartholomew, K.; Trinke S. J., y Kwong, M. J. (2005): "When Loving Means Hurting: An Exploration of Attachment and Intimate Abuse In a Community Sample". *Journal of Family Violence*, Vol. 20, No. 4.

Hennighausen, K. y Lyons-Ruth, K. (2007): Disorganization of Attachment Strategies in Infancy and Childhood [www.child-encyclopedia.com/documents/Hennighausen-LyonsRuthANGxp\\_rev.pdf](http://www.child-encyclopedia.com/documents/Hennighausen-LyonsRuthANGxp_rev.pdf)

Kunce, L. J., y Shaver, P. R. (1994). "An attachmenttheoretical approach to caregiving in romantic relationships". En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Advances in personal relationships: Vol. 5. Attachment processes in adulthood*. London: Jessica Kingsley.

McGillicuddy-DeLisi, A. V. (1985). The relationship between parental beliefs and children's cognitive level. En I. E. Sigel (ed.), *Parental belief system. The psychological consequences for children*. Hillsdale, N. J.: L. Erlbaum.

Palacios, J., Hidalgo, M. V. y Moreno, M. C. (2001). "Los hijos en las cabezas de sus padres: ideas, expectativas y actitudes". *Aula de infantil*, 1, 37-40.

Perry, B. D. (1996). *Maltreated children: Experience, brain development, and the next generation*. New York, NY: W. W. Norton. [www.childtrauma.org/ctamaterials/Attach\\_ca\\_sp.asp](http://www.childtrauma.org/ctamaterials/Attach_ca_sp.asp)

Sánchez Hidalgo e Hidalgo García (2003): "De las ideas de las madres a las interacciones con sus bebés". *Anales de psicología*, vol. 19, nº 2 (diciembre), 279-292

Shatzman, M. (1973): *Soul Murder. Persecution in the family*. (Traducción castellana: *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*. Madrid, Siglo XXI, 1977)

Weisbuch, M. (1999): "How masculine ought I be? Men's masculinity and aggression". *Sex Roles: A Journal of Research*, April 1999

Willer, R. (2008): "Overdoing Gender: A Test of the Masculine Overcompensation Thesis"